

# Ventana

## Las ideas cambian

“Una religión que necesita de una confesionalidad gubernamental, de una exclusividad en propaganda y en manifestaciones y de una obligatoriedad, casi política, en sus prácticas, no puede ser mantenida en nuestros tiempos”. Estas palabras no las ha pronunciado ninguna persona sospechosa ni subversiva, ningún extremista ni demagogo. Estas sintomáticas palabras son de Federico Gallo, locutor y presentador de Radio y Televisión, y pueden leerse en el libro de José M.<sup>a</sup> Gironella “Cien españoles y Dios”, un libro sumamente interesante por el conjunto de opiniones, a cual más valdada, en torno a Dios y nuestro catolicismo.

Las palabras de Federico Gallo, y muchas otras de similar concepción pronunciadas por otras destacadas figuras entrevistadas, revelan un estado de opinión ya bastante generalizado y que sostiene la necesidad de mantener Estado e Iglesia debidamente separados. Se formulan estos conceptos en una época como la actual en que se habla de renovación del Concordato con la Santa Sede, o más bien su modificación que quizá es lo más apropiado. Y he aquí que son muchos los españoles que propugnan este cambio de directriz en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, aquí precisamente en nuestro país de una confesionalidad verdaderamente asombrosa.

En tan pocas palabras no nos podía decir más Federico Gallo. Nos habla de confesionalidad gubernamental, de una exclusividad en propaganda y manifestaciones y de una obligatoriedad en las prácticas, imposibles de mantener en nuestros tiempos. Tras el Concilio, tampoco es ello posible, creemos, y es lógico que se propugne una reforma sustancial, radical, a tenor de los tiempos que vivimos. En todo esto estaremos de acuerdo la mayoría, con seguridad innegable. Y cuando se plantee a fondo el problema no podrá soslayarse tan patente realidad, pues el cambio de ideas y criterios al respecto ha experimentado en estos últimos años un giro verdaderamente radical, así se masca y ausculta constantemente.

Para dar aún más idea de la variedad y contraposición de conceptos ya imperante en nuestro país en materias tan trascendentales, la propia obra “Cien españoles y Dios” nos ofrece respuestas muy inesperadas a la pregunta formulada por su autor “¿Cree usted en Dios?” Me limitaré a reproducir, por ejemplo, la contestación que a tal pregunta ha dado Baltasar Porcel. Veamos: “No, no creo en Dios. En mis años adolescentes, de educación religiosa más bien intensa, jamás llegué a com-

prender nada de todo el asunto de los misterios religiosos del catolicismo. Me sedujo más la estética que la mística”. Y añade, también: “Por otra parte, la religión va encadenada con los peores tiempos de la Humanidad excepto quizá en mahometismo; la Europa cristiano-medieval es un nido de discordias, terrores; la India actual, un montón de hambre... La ciencia, además, tampoco ha revelado nada sobre Dios. A mí me resulta prácticamente imposible la invención de un gratuito e inútil acto de fe. El tema no merece siquiera tanta meditación como, modestamente, le echo yo ahora. Explicar por qué no se cree en Dios es una necedad. Quien necesita páginas y páginas es aquel que pretende probar su creencia en Dios”.

Verdaderamente, la mutación de ideas es algo ya más que paradójica. En tan pocas palabras, como las transcritas, no se pueden acumular más conceptos demoleedores, ni tampoco más pirotécnica de cara al auditorio. Pero ello revela el desenfado existente incluso frente a lo más sagrado, síntoma que no deja de marcar todo un símbolo de nuestros tiempos sumidos en pleno des concierto.

De todas formas de uno a otro extremo, contrastando criterios, la consecuencia de un cambio radical en las relaciones Iglesia-Estado, por lo menos, se hace inaplazable. El mundo de hoy está acabando con muchas estructuras en el concierto divino-temporal, a parte las ideas mismas en torno a lo más sustantivo y a las creencias en sí por el arrastre inevitable de las repercusiones que las problemáticas revolucionarias van produciendo.

### Nuestro caos circulatorio

Cada día, y a la llegada de la época de mayor trasiego se hace más patente aún, se va complicando la circulación rodada por nuestras calles. No puede mantenerse ya por más tiempo una doble circulación como, por ejemplo, la del tramo que va desde la Plaza del Generalísimo hasta la del Carmen, en plena calle Mayor. Los malabarismos que tienen que efectuar los conductores de vehículos para no colisionar al encontrarse en mitad del trayecto, embarazosamente impedidos de circular por la estrechez de la calzada, es todo un símbolo de lo que no debe ser.

En horas punta, la circulación por nuestras más céntricas vías resulta inconcebible. Ni hay seguridad para el conductor ni para el peatón, todo es un enjambre pavoroso de riesgos a que nos somete la permanencia en un estado de cosas que debe cambiar radicalmente.

El tráfico hoy día imperante exige direcciones únicas o supresión de tráfico rodado en aquellos sectores donde ya la circulación de vehículos debe pasar a la historia. Vemos en muchas ciudades como ello se comprende así y se planifica más cara al presente y el futuro. Olot necesita plantearse urgentemente, totalmente y en serio, el problema de su tránsito rodado por el casco urbano central de la ciudad. De no hacerlo así todo se nos venrá encima de forma más difícil aún de solucionar. Las dilaciones e inhibiciones en todo esto, son fatales.